

Director: CESAR HUERTAS

REDACCION Y ADMINISTRACION

Calle de la Barca, 12 y 14

Teléfono núm. 59

EL MUNDO

Capital, un mes. 50 céntimos

Provincias, un año. 7 pesetas

ANUNCIOS A MEN TARIFA

PAGO ADELANTADO

AÑO V

SE PUBLICA TODOS LOS MIERCOLES

Núm. 481.

COMO SE FORMA UNA HARCA

La gente contra quien combatimos

Bien ha escogido Moand-Ben-Add-el-Krim-el-Jetabi, presunto jefe de la harca rifeña, el momento para lanzar al campo sus salvajes hordas de gétulos. La época que media entre la recolección de las cosechas y la siembra de la venedera es la que los moros aprovechan para hacer su poquito de guerra al cristiano. El moro de la campaña escoge para pelear el tiempo en que la tierra no necesita sus cuidados y también aquel en que el enemigo no puede destruir el fruto de su trabajo, astutamente oculto en los silos del aduar, perfectamente disimulados a los ojos de los extraños. El moro es desconfiado y esconde sus cosechas y sus alhajas; las primeras en los silos, que son pozos abiertos en parajes solitarios y agrestes, donde menos puede irse a buscar los graneros; las segundas en trampas abiertas en el suelo; unas veces debajo de la piedra del hogar; otras en el estercolero o debajo de los setos de espino seco que rodean la casa como una muralla.

El espino seco es una invención moruna del tiempo de los patriarcas, muy anterior a la instalación de los alambrados de puas, que los europeos colocan en sus trincheras y campamentos de una treintena de años a esta parte.

A un agitador bereber, a un santón o a un chej, le sería difícil reclutar gente mientras duran las faenas agrícolas. Nótese que todas las campañas de Melilla han coincidido con la época del descanso estival: julio, agosto, septiembre y octubre. Entrado el otoño la harca se deshace, porque los cableños tienen que sembrar. Sólo la campaña de 1912 duró hasta enero del año siguiente; pero fué porque nosotros obligamos a los moros a batirse, pasando el Kert por tres puntos y amenazando seriamente con envolver su guarida de Beni-Said. Así y todo, los moros, llegado el fin de enero, y presintiendo que para la primavera no tendrían nada que comer, se apresuraron a solicitar el amán y menudearon las sumisiones en masa.

La tarea de formar una harca es bastante complicada y costosa. Se empieza por hacer una activa propaganda en los zocos. Santones y *mokaddemes* predicán la guerra santa y exaltan la imaginación de los campesinos con fantásticos relatos y mentiras de supuestos crímenes y profanaciones cometidas por los infieles. El *mokaddem* de la zaufa mas cercana se encarga de recitar como una salmodia, que repiten a coro los chicos que concurren a la escuela, la sura 29 del capítulo noveno del «Libro», que dice así: «Haced la guerra a los que no creen en Dios ni en el último día; a los que no miran como prohibido lo que Dios y su Profeta han prohibido; a aquellos de entre los hombres de las Escrituras que no profesan la verdadera creencia (el Islam); hacedles la guerra hasta que paguen el tributo todos sin excepción y queden humillados.»

No se crea que con esto basta. El cableño oye los cánticos, escucha las prédicas, y como buen cazurro, calla y no se compromete a nada. Es preciso que después los *chij* de las *rbas* o fracciones, con los viejos, los ricos y los notables, convoquen a *jonta* para ver lo que hay que hacer. A las *jontas* concurren todos los cableños con su *fusila*, el que la tiene, o con su *porra* de clavos el que no posee otra cosa. La *jonta* delibera y se pronuncian tantos discursos como aquí para aprobar un proyecto de La Cierva. A veces no se acuerda nada, y entonces se reúne otra *jonta* en diferente lugar.

Siendo propicia la estación y medianamente acreditado el «capitán» que se propone reunir la harca, se hallan siempre algunos centenares de descabezados que se prestan a hacer la guerra. El cableño de buena fe se junta a los que combaten cuando quiere y donde quiere, por el tiempo que le da la gana y ordinariamente hasta que consume los cartuchos que posee o los que le dan o puede coger en el campo de batalla. La salida de los guerreros de un aduar para la guerra contra el cristiano, es una fiesta pintoresca. El *Jumai* (D. José González, director de «El Eco de Tetuán»), la ha descrito recientemente con todo el color que pone en sus admirables cuadros marroquíes:

«En el aduar bullen sus moradores; los hombres ensillan sus más briosos corceles, los elegidos, los favoritos, los reservados para salir al encuentro del enemigo.

Los ancianos y los niños engrasan los fusiles de los guerreros y ahilan los sables y las xefras de bien templado acero.

Las madres, las esposas y las doncellas tafien los adufes y entonan los cánticos de guerra, los cánticos que recuerdan las proezas de los valientes antepasados. Las ancianas, portadoras de la alhena que marca al cobarde en su huída, apréstanse a cabalgar a la grupa de los corceles que al combate conducen a los de esforzado ánimo. Y la serenidad de la hora grande, de la hora terrible, en que el valor se demuestra con hechos, y no vanas palabras, ciérnese sobre el bendito aduar, que al recibir el reto del enemigo, olvida las mieses depositadas en las eras, los frutos que penden de los árboles, las mazmorras repletas de grano, las jaimas que el viento azota y conmueve, para castigar al osado que puso en entredicho la honra y el valor de aquel puñado de valientes.

No lloran las madres, no respiran las esposas, no gimen las doncellas en la hora de la partida; esperan confiadas el triunfal regreso, para añadir nuevas proezas a las que los antepasados llevaron a cabo.

Y si en el Libro del Destino estaba ya escrita la muerte, bienaventurado aquel que por su honra y la honra de los suyos, al caer de la tarde, clava sus empañadas pupilas, su vida en la serenidad de las alturas celestiales; su pálida frente, besada por los ángeles, lanza luminosos destellos en tinieblas de la noche, para guiar a los sucesores por la senda de la virilidad y el honor, que son los únicos bienes de que un pueblo y una raza pueden envanecerse. Todo lo demás es transitorio y su recuerdo se perderá, bien pronto, cubierto por el tupido velo del pasado olvidable.

Las harcas mas numerosas y mejor fanatizadas son las que reúne un «cherif», como sucede con Er-Raisuni. Para ser «cherif» se necesita probar por medio de títulos en regla, o por el testimonio secular de la opinión pública, que se descendiendo directamente de la gentil hija del Profeta Fakma-Zohra, o del tío de Mahoma Sidi Aïben-Ebitaleb. Los «chorfa» (plural de «cherif») tienen tratamiento de «sidi». El Sultán, de «Sidna»; que es el señor de los demás señores.

La harca no lleva impedimenta, o lleva muy poca. Al moro le estorba todo para combatir. Moras viejas y muchachos, con sendos borriquillos, llevan diariamente a los combatientes las tortas de trigo o de cebada, que forma casi siempre el último alimento del guerrero. Las municiones las lleva el mismo *harki* en la «sabila» o bol-

sa, que los rifeños llaman en su dialecto amazirga «velin»-s-sakara. Estas «sakaras» revelan muchas veces la cultura social del que las lleva. Los moros ricos las llevan de piel, bordadas en sedas u oro, pendientes de largos cordones de seda carmesí o verde. Los pobres pegujeros las llevan de esparto, pendientes de una gutta. Los moros ricos llevan dos, una para las municiones y otra para el dinero. El montaraz del «dehar», solo lleva una, en cuyo interior se juntan los cartuchos con los mendrugos de pan.

Así se nos hace la guerra. Los combatientes observan religiosamente un precepto para ellos inexcusable: el de recoger el cuerpo del musulmán que cae muerto o herido en el combate, para que no sea profanado por el enemigo. Muchos de ellos llevan una cuerda con un gancho atada a la cintura. Cuando cae su vecino le enganchan por donde pueden y tiran de él hasta ponerlo en salvo. Muchas veces rematan a los heridos con este brutal medio de transporte; pero eso es lo de menos. Su cadáver quedará a salvo entre las manos de los buenos creyentes.

NUEVO MINISTERIO

Ha aquí la lista del nuevo Gobierno: Presidencia.—Maura. Estado.—González Montorio. Gracia y Justicia.—Francisco Rodríguez. Hacienda.—Cano. Gobernación.—Conde de Cuello. Guerra.—Cierva. Marina.—Marqués de Cortina. Fomento.—Maestre. Instrucción pública.—Silió. Trabajo.—Matos.

LOS POBRES

CABECITA LOCA

«Por qué ese locuquillo? ¿por qué estás borracho? ¿por qué tu puñeto rompes con los dientes, y estás nerviosilla, cabecita loca? No te pongas triste, no maldes el cielo bonito y alegre tu cara hermosa... no frunzas el ceño, nubecita mía, deja que en tu frente se ria la aurora... Tú te pones triste, porque aquel mozoño que tú quieres tanto, se divierte y gora tu frunzas el ceño y esta rabiosilla, porque estas celosa... Deja que el mozoño se divierta y gora... verás como vuelva luego que se entienda... verás como vuelvo, cabecita loca! Ya pasó el chubasco, nubecita mía... ¿te enojó el mozoño y el te desenojó? Ya pasó el chubasco y en los dos hoyitos de tu cara linda, la risa rezaba... Ya pasó el chubasco, pero ya estoy triste... ya ves tú que casa... ¿Yo no soy quien te quita el ceño, nubecita mía, cabecita loca!...»

Vicente MEDINA.

EL BUCARO ROTO

De Sully-Prudhomme

El bucaro, de mero era flor para un golpe de abanico lo quebró; y tan ligera fué la rozadura que ni el más leve viento se advirtió. Pero la breve, imperceptible grieta, con marcha lenta y precisión fatal, prosiguiendo tenaz su obra secreta, rodó todo el circuito de cristal. El agua fué cayendo gota a gota, y la espléndida flor marchita veis. Aunque nadie lo observa; ni lo nota, roto el bucaro está; ¡no lo toquéis! Así, a veces, la mano más querida, nos roza sutilmente el corazón; y lenta se abre su secreta herida y se mustia la flor de su ilusión. Todos lo juzgarán robusto y fuerte, mas la oculta lesión creciendo va; nadie su mal desconocido advierte; pero, ¡no lo toquéis, roto está ya. Traducción de Teodora Llorente.

El jefe de la harca enemiga, ABD-EL-KRIM

Todo el mundo le conoce en Melilla, y casi nadie, por no decir nadie, ha llegado a conocerle. Esto es, todos le han visto durante años y años; pero nadie ha acertado a descubrirle, a adivinar al futuro gran enemigo de España. No le encontrado, en efecto, ningún residente antiguo de Melilla, que no lo recuerde, que no lo haya visto. Sin embargo, preguntad detalles de su vida, anécdotas que le diseñen, y todos contestarán lo mismo: «No sabemos, no sabemos; eso sí: era un buen chico.» Ese buen chico es hoy el jefe más poderoso del Rif y sus alrededores.

En mi afán de averiguar cuanto se refiere a la vida de este extraño personaje, le pregunto hoy a Leopoldo Bejarano, recién llegado de España, en la «Peña». De la experiencia de Bejarano esperaba algo concreto. «Es un hombre—me espanta de buenas a primeras—muy parecido a usted: grueso, opaco, ojos negros; en la época que yo le conocí llevaba un pequeño bigote recortado. Hará poco ha pasado el límite de los treinta años; observador, estudioso.» La única persona de las que le han tratado en Melilla, que desde el primer momento se dedicó a observarlo, y que llegó a conocerlo, fué el joven y culto capitán de Regulares D. Carlos Lázaro, uno de los oficiales de mejor temple, intelectual y amante de nuestro Ejército que yo he conocido.

La curiosidad por averiguar algo saliente de la vida de Abd-el-Krim le llegó a obsesionar al cronista en tales términos, que, por fin, dice poder contarle algo concreto al lector acerca de ello.

Sidi Abd-el-Krim Ben Mohamed el Jatali, de Ayid-Bent-Limoguel, fué primer jefe de la Orlina Indígena y después *kadi* toda o juez de los jueces. Es, traducido al castellano, quiere decir: Señor Siervo el Magnánimo. Su padre era *kadi* prestigioso de Beni-Limoguel.

Abd-el-Krim ha estudiado leyes en Fez y conoce la lengua francesa. Hay quien afirma que sus talentos políglota van más allá. Habla el castellano como un español y lo escribe literariamente. Su edad se calcula en unos treinta y cinco años. Tiene un hermano menor, de unos veinticuatro o veinticinco años, que ha estudiado el preceptorato de ingeniero de Minas, en Madrid, o que ha seguido varios cursos de ella. El fin de los estudios de este joven era meramente utilitario, y se ha encaminado a la explotación de las minas existentes en el territorio de Alhucemas, en el monte de las Palmas, particularmente.

Abd el Krim ha estado viviendo en Melilla por espacio de diez o doce años. Fué, desde un principio, partidario de la acción de España en Marruecos y luego nuestro. Escribió en «El Telegrama del Rif» artículos en árabe, explicando, adhiriendo al lector moro acerca del carácter y ventajas de la penetración española. Es curioso el motivo que le decide a predicar la colonización española, y esto descubre su espíritu inteligente. Desea la acción española como medio de civilizar a sus compatriotas pero sin que estos pierdan su personalidad; como medio de que lleguen a asimilarse y adquirir la civilización. Como se ve, no es un cualquiera. Los más cultos y modernos japoneses han predicado, respecto a las ventajas de la civilización europea, lo mismo.

Era ardiente partidario de los alemanes durante la guerra europea, y obediendo a una reclamación de las autoridades francesas, siendo comandante general de Melilla Aizpara, fué preso en Rostrogordo. Intentó escaparse, y sobre esto circulan dos versiones distintas: una, que le atravesaron las dos piernas en su intento de fuga, y otra que se rompió una pierna. No se dejó curar, y consecuencia de ello es la cojera que ahora padece.

Al llegar Silvestre, trató, según unos, de entrevistarse con él; según otros, llegó a celebrarse la entrevista. Abd el-Krim se ofreció como amigo de España; pero Silvestre, lo mismo que había hecho con el Raisuli, lo trató despectivamente. Abd-el-Krim le dijo que algún día se encontrarían, y que si hoy estaba por bajo de Silvestre, es posible que en su día se encontrara más alto y fuera Silvestre quien hubiera que implorar cuartel. El episodio se repitió poco antes de la catástrofe de Annual por medio de cartas y de emisarios. Abd-el-Krim le pedía el malogrado comandante general de Melilla dinero para disuadir a los que habían venido a luchar, desde tierras apartadas, de que debían retirarse. Le ofreció la paz, que Silvestre rechazó con aquella ciega confianza en su acometividad que le distinguió siempre. Entonces, Abd-el-Krim juró responder a la guerra con la guerra. Lo que parece indudable es que Silvestre no vio lo que valía Abd-el-Krim y lo trató, injustamente, de un modo despectivo. Tampoco lo supieron ver, como ya he dicho, otros. Cierto es que fué amigo de España por oportu mismo, por lo que fuera; que dos veces, una por complacer a las autoridades francesas y otra por bravuconería, se le desdefió. Están acordes, sin embargo, cuantos le trataron en que es un hombre de muchas posibilidades. Se da el caso paradójico de que, intelectualmente, Abd-el-Krim, el jefe de los moros, fuese superior a nuestro comandante general, cuyo fuerte, como sabe todo el mundo, residía en otro órgano, que no es, precisamente, el cerebro.

Se asegura que los moros que atacaron Annual combaten con arreglo a la táctica moderna, y en ello se ve el influjo de su jefe. Nadie pone en duda que este ha aprendido en nuestros propios libros estrategia. De su vida en Melilla, todos están acordes en decir que era templada y austera. Me ha sido imposible hallar el rasgo de una aventura amorosa en ella. Tal es el caudillo de los moros, vencedor en una cuestión personal con un heroico general español. Nuestro amigo de ayer, nuestro enemigo de hoy, y, ¿quién sabe si nuestro amigo mañana!

JUAN GUIXE

Melilla, Agosto de 1921

HERNANDEZ
BRAGUERO ESPAÑA
de D. J. Carapos
Médico Ortopédico
30 pesetas
Lo mejor conocido.
En Cuenca: Droguería San Julián,
Calle del Agua, 22.
En Madrid: Augusto Figueroa, 8.

PROBLEMAS ESPAÑOLES

La crisis de las viviendas

Es éste un problema europeo que ha acabado por ser también problema español. Lo tenemos ya aquí con los mismos caracteres angustiosos y apremiantes que en los demás países. Lo que hay es que en nuestra patria nada se ha hecho hasta ahora para resolverlo. En tanto que en todos los otros pueblos se ha hecho frente a este grave problema social con medidas de urgencias y disposiciones legislativas.

La crisis de las viviendas es general. Falta cuartos. No se halla en las grandes ciudades, en Madrid sobre todo, ni un solo piso desocupado. Los alquileres suben en proporciones escandalosas. Y hay que aceptar cualquier alza en los precios, porque de lo contrario, el inquilino despedido tendría muchas veces que acampar en el arroyo y dormir bajo las estrellas.

¿Quién tiene la culpa? Es un tópic-